

Miradas

El cine de Manuel Gutiérrez Aragón

Manuel Gutiérrez Aragón (Torrelavega, 1942) es, para muchos, el cineasta de la Transición. Licenciado en Filosofía y Letras, entró en el mundo del séptimo arte por casualidad, pues a comienzos de los años 60 llegó a Madrid con la intención de matricularse en Periodismo y acabó ingresando en la Escuela Oficial de Cine, de la que ha dicho en alguna ocasión que era un lugar totalmente antifranquista en aquel entonces, cuando más de la mitad del alumnado era miembro del PCE. Quizás fue su militancia comunista la que más influyó, por tanto, en esta decisión que le llevaría a escribir y dirigir más de treinta y cinco cintas a lo largo de su carrera. Él mismo afirma que no nació director de cine y que en su entorno le repetían que “iba para escritor”. Su pasión por la literatura y por el arte de escribir tiene sin duda mucho que ver, además de con su faceta actual de novelista y ensayista, con la importancia que siempre le ha otorgado a los guiones en el producto cinematográfico. No en vano, Vicente Molina Foix en su monografía *Manuel Gutiérrez Aragón* (2003) ha señalado que no solo es el cineasta español más leído, sino también el más letrado. Esto han debido de pensar los académicos que propusieron y votaron su ingreso como miembro de la Real Academia Española en este año 2015. A la espera del acto de incorporación oficial, nos aproximaremos aquí a la producción del escritor y director desde sus inicios hasta su obra más reciente, el libro *A los actores* (2015).

Aunque las circunstancias en las que le tocó comenzar a hacer cine fueron las de la militancia comunista y antifranquista, Gutiérrez Aragón ha sabido huir desde sus comienzos del cine político y panfletario que se esperaba de un alumno formado en la EOC del momento. *Habla mudita* (1973), producida por Elías Querejeta, supuso el punto de arranque de su prometedora carrera. La película fue premio de la crítica en el Festival de Berlín y candidata española al Óscar. Tras ella vendrían la coguionización de *Furtivos* (1975), con José Luis Borau, y la dirección del largometraje *Camada negra* (1977), sobre los guerrilleros de



Cristo Rey. Lo comprometido del tema y el hecho de reflejar elementos de la realidad española todavía demasiado vivos le costaron al director censura, piquetes violentos de la extrema derecha y ataques a salas de cine, consiguiendo que la película no se estrenase en numerosos puntos de España. A pesar de todo, el cántabro fue galardonado por esta cinta con el Oso de Plata al Mejor Director en Berlín. *Camada negra* es la primera obra gutierrezaragónica abiertamente política, sobre el fascismo, y, como ha venido señalando la crítica, constituye un contundente relato sobre uno de tantos aspectos horripilantes de la España franquista.

“*Sonámbulos*, la pesadilla del franquismo” es el título de una crítica cinematográfica publicada en la prensa española de la época y que da buena cuenta del contenido de la siguiente cinta de Gutiérrez Aragón, que lo consagrará como cineasta. En *Sonámbulos* (1978), la acción transcurre durante el Proceso de Burgos (1970) y el tema político vuelve a ser central, vinculándose con la salida del PCE de su creador. Dos años después aparece *Maravillas* (1980), una de sus películas más representativas y la primera que sale a relucir al nombrar al director. No es casualidad, por tanto, que haya dicho de ella que es la que mejor refleja su sentido del cine, un mundo a medias entre la realidad y la magia. No obstante,

fue su posterior filme, *Demonios en el jardín* (1982), uno de los más taquilleros y premiados. Ambientada en la España de los años 40, la cinta constituye un peculiar cuadro familiar con reconocidos tintes autobiográficos del director, además de un retrato trágico-cómico de la posguerra española.

Tras la fantasía de *Feroz* (1984), llegaría *La mitad del cielo* (1986). La alusión a la realidad política española de los años 60 y 70 se complementa con la magia de la abuela aparecida y con el reflejo de la vida rural del Norte en esta cinta que vuelve a ser una de las más premiadas de la filmografía del director. En 1992, tras un parón en la dirección cinematográfica, Gutiérrez Aragón se sumerge en un proyecto por el que muchos le tildarán de atrevido y que, sin embargo, resolvería admirablemente. Se trata de la adaptación televisiva de la primera parte de *El Quijote*, rodada durante nueve meses y que se emitiría en cinco capítulos ese mismo año. En 2002, el director volvería a la novela de Cervantes para llevar a la gran pantalla su segunda parte, sobre la que él mismo ha comentado que tenía más sentido adaptarla como largometraje porque se trata ya de una novela barroca con un sentido de construcción dramática. En estos primeros años del siglo XXI dirige Gutiérrez Aragón sus tres últimas películas hasta el momento: *La vida que te espera* (2003), homenaje a la vida

pasiega, *Una rosa de Francia* (2005), grabada en Cuba, y *Todos estamos invitados* (2008), sobre el terror de ETA en el País Vasco.

El memorialismo concreto, que enfoca y refleja aspectos de una época, y la conjunción de la realidad con la magia y la fábula son rasgos intrínsecos a su cine. Las cintas de Gutiérrez Aragón nos transportan a la España del franquismo, al mundo del maquis, a la posguerra, al universo rural y al etarra, pero huye del testimonio para fantasear y crear cuentos oníricos que pone a funcionar con ricas galerías de personajes inventados en las que la figura materna ocupa una posición protagónica. La madre acaparadora de *Furtivos*, la fascista de *Camada negra*, la comunista de *Sonámbulos* o la protectora y luchadora de *La mitad del cielo* son los ejemplos paradigmáticos de una figura clave que se complementa con la de la tía seductora en alguno de sus filmes como en su novela *Cuando el frío llegue al corazón* (Anagrama, 2013). El núcleo familiar tradicional, sea cual sea su composición, y las relaciones dentro del mismo son temas recurrentes en las historias gutiérrezaragónicas. El Norte es una de sus pasiones confesadas y su naturaleza es paisaje y a veces personaje de muchas de sus producciones. De Gutiérrez Aragón, del ahora escritor que ya lo fue mucho antes que director, se ha dicho que trabaja sobre materiales de su realidad propia, biográfica y nacional,



pero con un tratamiento retórico de esta a través de recursos hiperbólicos, oníricos, grotescos y a veces irracionales que da como resultado un cine de memorialista privado y fantaseador, atento a los conflictos de nuestra contemporaneidad y a la vez intempestivo.

Manuel Gutiérrez Aragón y los actores

La publicación de *A los actores* (Anagrama, 2015) supone una síntesis escrita por el propio director de su concepción del hecho cinematográfico, en la que otorga un protagonismo sin precedentes al actor. Para Gutiérrez Aragón, “el primer contacto con el cine

se produce al contemplar a los actores, esos cuerpos y almas en movimiento que nos ofrecen su presencia a unos cuantos metros del sitio que ocupamos en la sala oscurecida”. Por eso, se prometió a que cualquier reflexión que escribiera a propósito del cine comenzaría por los actores en lugar de por la escenografía o cualquier otro elemento relacionado con el lenguaje fílmico. Así, en el libro se detalla cuál es la relación que los directores tienen con los intérpretes, la formación de estos últimos, los cambios que ha experimentado a lo largo de su trayectoria como director con respecto a los actores y algunas anécdotas surgidas en los rodajes.

El papel del actor es importante tanto en la pantalla como fuera de ella. Hoy, para producir una película, los grandes grupos de comunicación se interesan más por el reparto que por el argumento de la cinta, dado que el hecho de que el intérprete de moda aparezca en el cartel es garantía de éxito en taquilla. Esta importancia ha suscitado recelos en algunos directores, determinando su relación con los intérpretes. De hecho, Gutiérrez Aragón distingue dos tipos de director según ese nexo: “los que sienten que los actores son el mejor instrumento que tienen a su alcance para expresar emociones” y “los directores que tienen pánico a los actores y encuentran que, en el perfecto mecanismo de la máquina cinematográfica, el factor humano es el más fastidioso”. El cántabro se inscribe en el primer grupo, aunque reconoce que cuando grabó *Demonios en el jardín* (1982) no se identificó con el niño protagonista, a pesar de que él también convaleció en cama algún tiempo bajo el cuidado de su madre y su atractiva tía, como ha reflejado en *Cuando el frío llegue al corazón* (Anagrama, 2013). Reconoce fascinación por la anfibología que producen los actores, porque pueden decir una cosa y expresar gestualmente otra. Además, cada actor lleva adheridas unas connotaciones que tanto el director como el guionista deben tener en cuenta. Por ejemplo, José Luis López Vázquez y Alfredo Landa eran percibidos por los espectadores como actores cómicos.

Casos concretos de actores en los que Gutiérrez Aragón pensó para personajes concretos por lo que le transmitían y sabía que iban a hacer sentir al público son Fernando Fernán Gómez y Ángela Molina. Se podría afirmar que, junto con Fernando Rey, son los actores fetiche del artista cántabro.

Fernando Fernán Gómez ha trabajado en dos de las películas más célebres de Gutiérrez Aragón: *Maravillas* (1981) y *La mitad del cielo* (1986). De esta última, el santanderino cuenta que solo pensó en él, particularmente para el discurso que pronuncia el personaje que encarna y que ni siquiera habría sido concebido para otro intérprete si no hubiera sabido que el protagonista sería él. “En los guiones de las siguientes películas que escribí pensando en él como actor, tuve siempre la seguridad de que sacaría el texto adelante, que lo haría creíble, que sería capaz de hacerlo verosímil, cercano. Y, sin embargo, nada más lejano al naturalismo que su trabajo actoral”. A Ángela Molina la había llamado para *Furtivos* (1975), pero la exigencia de cortarse el pelo a cero no fue aceptada por la actriz, y el papel finalmente lo logró Alicia Sánchez. No obstante, poco después pudieron trabajar juntos en *El corazón del bosque* (1979). Otra actriz de la que guarda un buen recuerdo es Cristina Marcos, actriz protagonista de *Maravillas* (1980), que experimentó un cambio en la mirada

en el transcurso del rodaje: “parecía que su personaje se había reforzado”. En esa misma cinta actuó José Luis Fernández (*Pirri*), una persona que invita a reflexionar sobre si se interpreta sobre lo que se es. Ese actor se movía en un ambiente de marginalidad, pero Gutiérrez Aragón reconoce que era muy respetuoso y trabajó con seriedad. Sin embargo, años después apareció muerto por sobredosis. “Un choque brutal entre la realidad y su representación, entre Pirri y *Pirri*”.

Uno de los hitos en la carrera cinematográfica de Manuel Gutiérrez Aragón es la dirección de la serie *El Quijote de Miguel de Cervantes* (1991). El director se encontraba en Barcelona, aburrido de un guion para el que había sido contratado, y una llamada le propuso una oferta que al principio suscitó cierto hastío debido a que tendría que rodar a lo largo de un año. Televisión Española, que se encargaría de producir la serie, había comprado unos textos en teoría escritos por Camilo José Cela; llamarlos “guiones” sería muy generoso, pero al haberle sido concedido el Nobel se tuvieron que hacer algunas concesiones. Después de meditarlo, aceptó el desafío. Estudió pormenorizadamente el lenguaje de la época y la comicidad, dos elementos que, según afirma el director, debían ser resueltos antes de filmar. El primero se solventó dotando de un lenguaje aparentemente antiguo a

don Quijote y de un lenguaje sencillo y moderno a los demás, de modo que se creara un contraste cómico. El segundo se encargó al actor, que debería diferenciar entre comicidad y crueldad. Pero existía un problema mayor: la elección del actor que representaría al caballero andante. Pensó en Fernán Gómez, que rechazó tanto hacer una serie como subirse a un caballo. Finalmente, Fernando Rey fue el elegido, a pesar del recelo de algunos. Para su sorpresa, “después de emitida la serie, fueron muchos los que ya no concebían un *Quijote* filmico que no fuera el encarnado por Fernando Rey, como si la elección hubiera sido la cosa más natural del mundo”.

Manuel Gutiérrez Aragón ha dirigido al corpus de actores que interpretó una época y que contribuyó a suscitar deseos gracias a la corporeización de las pasiones humanas en una sociedad que acababa de sufrir la represión de una dictadura. Suele ser recurrente criticar el cine español como si fuera un todo. Gracias a la labor de directores como él, el espectador puede despojarse de cualquier recelo y disfrutar con obras que hablan de sentimientos universales.

Sofía González Gómez
Diego Rivadulla Costa